

—¿De qué se trata?

—¿Tenéis un hijo?

La señora Chavarux era muy de desahogada.

Se echó á reir.

—Vamos, demasiado lo sabéis—dijo con intención.—Un hijo... ¿Se os va perdiendo la memoria?

—Tengo tantas cosas en la cabeza...

—¡Ah! sí, es muy natural... Yo no sé cómo os las componéis para satisfacer á todos los clientes, porque ¡cuidado que pasa gente por vuestro despacho!... La casa está siempre llena; se parece á un mercado.

—Cuando se tiene un hijo se puede fácilmente criar dos—dijo el notario.

El jardinero intervino con rudo acento:

—Según de donde venga... Os aseguro que se quiere más á los propios que á los ajenos.

—Es natural; ¿pero si os pagasen bien?...

—Claro, si nos pagasen—repitió Chavarux reflexionando.

—¿Cuánto necesitaríais?

—Cuanto más, mejor.

—¿Os falta sitio en Aubiñac?

—¡Oh! lo que es por sitio no ha de quedar. Tenemos todo el castillo por nuestro, y aunque no fuera más que en las dependencias, se puede alojar en ellas un ejército...

—¿Quinientos francos anuales?—preguntó el notario.

Chavarux hizo un gesto.

—¿Es un niño de rico?—preguntó.

—¡Oh! eso no os lo puedo decir.

—¿Por qué?

—Porque no lo sé.

El aldeano balbució:

—Me extrañaría mucho que hubiese cualquier cosa que vos no supiéseis. Sois el agente de policía más listo que conozco, y os pido perdón por la comparación.

—¿Podría llegarse á seiscientos ó setecientos francos?—insinuó la mujer.

—Es muy poco—añadió el marido, que olfateó un buen asunto.

De otro modo, ¿para qué le habrían ido á buscar tan temprano y tan lejos?

Desde Vichy á Aubiñac hay más de seis leguas de camino.

—Todo el dinero que os den son beneficios—observó el señor Pilet,—una niña de dos días no hace ningún gasto.

—¡Ah! ¿Es una niña?—preguntó Claudia.

—Sí, y la tendréis en vuestro poder todo el tiempo que queráis.

—¿No tiene padres?

—Sí, los tiene, pero no quieren verla.

—¡Oh!—dijo Chavarux, que reflexionaba.—Ya comprendía yo que en todo esto había un misterio!... De otro modo, á un hombre como vos, no le hubieran encargado este asunto.

Se rascó la oreja con frenesí.

—De buena gente debe proceder la niñita.

—Os digo que no lo sé.

—¡Pues yo no lo dudo!—declaró Chavarux.

—Lo menos que se puede llevar es un billete de cien francos todos los meses... ¿verdad?

—¡Oh!

—¡Mil doscientos francos al año, ó no hacemos trato!

—Es demasiado... es demasiado...—dijo la mujer, que temía perder el negocio.

—No, no.

—Sí.

El notario cortó la discusión.

—Chavarux tiene razón—dijo.—Quería daros una sorpresa. Tendréis los mil doscientos francos...

—¿Quién los pagará?—preguntó con recelo Chavarux.

—Yo.

—¡Ah! Tratándose de vos ya no tengo nada que decir.

Y repitió dos ó tres veces:

—Está bien, está bien.

—Sólo que tendréis que cuidar muy bien á la niña... Es un tesoro que os llueve del cielo. Tenéis que conservarle, Claudia.

—Aunque no sea más que por complaceros la cuidaremos mucho.

—¡Una niña de mil doscientos francos!—dijo Chavarux.—Ya lo creo que la cuidaremos.

—El aire es muy bueno y la leche no falta en Aubignac. Crecerá como una seta. ¡Ya lo veréis! ¿Dónde está?

—En el hotel de Bretaña, en la calle de Nimes. Os están esperando.

—¿Por quién hay que preguntar?

El notario consultó sus notas.

—Por la señora Rivet—dijo.

—Está bien.

Chavarux repetía, para no olvidarlo:

—Señora Rivet... señora Rivet...

—¿Podemos ir ahora?—preguntó Claudia.

—Lo antes posible.

—Vamos allá—dijo el campesino.

—Después os marcharéis á vuestra casa,

Claudia vendrá á verme uno de estos dias y la daré mis instrucciones.

La joven dió las gracias á su antiguo amo con una mirada expresiva, mientras que el señor Pilet entregaba á Chavarux un adelanto, que el hombre miraba cariñosamente.

Cuando hubo llegado á la calle empezó á lanzar juramentos de toda especie y á dar fuertes patadas en el suelo.

—Cualquiera diría que estás de mal humor—observó su mujer.—¡Es una bonita cantidad! Y además nos costará poco ganarla, á ti sobre todo. Yo seré la única que tendré que soporarlo todo.

—¡Bruto de mí!—exclamaba tirándose de los pelos.—Si le hubiésemos pedido cien escudos más, lo mismo los hubiera dado. ¡Es la hija de un rico!... Se ve á la legua.

—Bueno, no hemos perdido nada por eso. Ya volveremos á hablar. Por lo pronto eso hemos ido ganando.

En el hotel de Bretaña la condesa esperaba con impaciencia y observaba á través de los visillos de los balcones los transeuntes.

Cuando vió aquella pareja de aldeanos, que llegaban discutiendo aún, comprendió en seguida que eran los esposos Chavarux.

Y ellos eran, en efecto.

La separación se iba á consumir.

La señora de Arvil era una mujer muy buena.

Había cedido á aquel movimiento de aversión por aquella niña, en vista de las desgracias que había causado, y ya temía y sentía á la vez ponerla en manos mercenarias y extrañas.

Hacia dos días que se había acostumbrado á mirar aquella pobre criatura, dormida casi siempre, abriendo de vez en cuando sus ojitos que no veían, agitando sus manitas en el vacío como para invocar una protección, y tan dulce era que no se quejaba, no lloraba.

Empezaba á quererla, olvidando el vicio de su nacimiento para no pensar más que era la hija de su adorada Magdalena.

Así es que tuvo un momento de duda, pero el rostro franco y bonachón del campesino y la noble mirada de su mujer, que no pensaban sin embargo más que en el dinero que se les entraba por la puerta de su casa, la tranquilizaron.

Se tranquilizó también haciéndose esta reflexión: que ella estaba allí para vigilarla, que la protegería desde lejos y que podría recogerla cuando quisiera.

Además, no estaba allí el señor Pilet Desbuttes, en el cual se podía tener absoluta confianza.

Su conciencia se tranquilizó.

Y como los Chavarux subían pesadamente la escalera, haciendo sonar la madera de los escalones con las tachuelas de sus enormes zapatos, abrazó cariñosamente á la niña cuya suerte se decidía en aquel momento, y pasó á una habitación vecina, al mismo tiempo que con voz alterada decía á su doncella:

—Recíbelos tú... ¡Yo no puedo!

En aquel instante llamaron á la puerta.

La anciana dijo:

—¡Adelante!

Chavarux apareció el primero contento y sonriente.

Sus cálculos eran buenos.

La fortuna entraba por las puertas de su casa con aquella niña desconocida.

En aquel instante decisivo se le hubiera podido tomar por el mejor de los hombres.

—¿Es aquí donde vive la señora Rivet?— preguntó.

—Sí señor.

—Soy Chavarux, jardinero del castillo de Aubignac, propiedad del marqués de Caylus, situado á seis leguas de aquí.

—¿Venís de parte del notario?

—Sí, de parte del señor Pilet—dijo Claudia.—Mi antiguo amo, un buen hombre. Venimos por una niña que se llama Aurora Milton...

—Precisamente.

Y mirando á la niña, dijo:

—¡Qué mona y que hermosa es! ¿Pero en qué está envuelta?

Este era un detalle que debía chocar en seguida á una nodriza.

En Lugano nadie había pensado en la canastilla de la criatura, que no era esperada tan pronto.

Iba envuelta en una infinidad de prendas servilletas riquísimas, pañuelos bordados, encajes, y todo ello cubierto con una capa de tartán de cuadros blancos y negros de lana de una gran finura.

En los últimos momentos la condesa había cogido, para que sirviera de abrigo á aquella pobre abandonada, una salida de baile que pertenecía á Magdalena.

—Habrá que comprarle una infinidad de cosas—indicó Claudia.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
1624 MONTERREY, MEXICO

—Ya se ha pensado en ello—contestó la anciana criada.

Y puso en la mano de la aldeana un portamonedas que contenía cincuenta luises.

—Aquí tenéis para la canastilla.

—¡Es demasiado, es demasiado!—exclamó la nodriza, al mismo tiempo que pensaba como su marido:

—¡Demontre, es hija de ricos, de príncipes!

—¿La cuidaréis mucho?—preguntó la doncella.

—Como á las niñas de mis ojos... Podéis pedir informes... No somos malos... ¿No tenéis nada más que mandarnos?

—¿Os han hablado del bautismo?

—Sí, sí, se hará en seguida. No temáis nada.

—Bien. Nada más.

Claudia miró á su marido.

Se había apoderado de la pequeña como un ave de rapiña de un corderillo extraviado.

—Vamos—dijo—y no molestemos más á esta buena señora.

Y se levantó, mientras que el jardinero abría torpemente la puerta.

Los zapatos volvieron á sonar en la escalera, y llegaron á la calle.

Claudia decía á su marido:

—¡Ya lo verás, esta mocosa es una fortuna! ¡No se sabe de dónde viene... pero, de seguro, sus padres no son pobres! ¿Has visto cuánto encaje, cuánta seda y cuántas cosas? ¡Alguna señorita riquísima que habrá cometido una falta!

Chavarux no decía nada.

Iba calculando cuánto se podría sacar de aquel encuentro.

Y sus esperanzas iban muy lejos.

—Un buen negocio nos ha proporcionado con esto el señor Pilet; pero cualquiera sabe lo que entre vosotros dos ha ocurrido en otro tiempo.

Era su broma acostumbrada.

Claudia, cada vez que oía estas palabras, se encogía de hombros y le daba un golpe en las espaldas.

En el fondo se comprendían perfectamente; les gustaba mucho el dinero y eran trabajadores como hormigas.

Cuatro horas después llegaban al castillo de Aubignac en un cochecito arrastrado por un caballo muy bien cuidado, que servía para todo en ausencia de los dueños de la finca.

Eran las tres de la tarde.

Un sol magnífico iluminaba los muros, levantados en tiempos de los Valois, de una antigua construcción, que aún hoy llaman el Castillo Nuevo, aunque tiene más de trescientos años.

Pero lo que da á Aubignac un sello particular son las ruinas pintorescas y grandiosas de una ciudadela de la Edad Media, cuyos inmensos escombros se cubren con un manto de yedra, de maleza de todas clases, de plantas parásitas, y cubren toda una colina rodeada de rocas y de precipicios.

Desde la terraza, delante de la cual se detuvo el coche, se descubre un horizonte espléndido, las llanuras de la Limagne por un lado y por el otro los montes de la Auvernia.

El lugar es á la vez salvaje y magnífico.

En aquella época estaba casi abandonado

por el marqués de Caylus, descendiente directo de los antiguos señores del país.

Sus antecesores eran muy robustos.

El se conformaba con ser rico.

Es un poder que vale más que los otros.

El parterre, estaba sin embargo, muy bien cuidado, á pesar de la ausencia del dueño, y el jardín muy bien cultivado.

El señor Pilet-Desbuttes, investido de la confianza del marqués, había colocado allí á su favorita Claudia Rognat y á su marido Juan Chavarux.

Hacía seis años que estaban en funciones.

El castillo de Aubignac, por muy desalquilado que estuviese, con su enorme parque, era sobre poco más ó menos, como esas residencias inglesas á las cuales el lord puede llegar de un momento á otro y donde siempre es esperado.

Allí era donde la hija del crimen de Saint-Jean-du-Deser, debía pasar una gran parte de su juventud.

A la misma hora, la condesa de Arvil estaba ya en camino para volver á Lugano.

Tenía prisa por llegar.

No había pasado ni un solo minuto desde su partida, sin acordarse de la villa Milton, donde su hija la esperaba con impaciencia.

Tenía sin cesar ante sus ojos el drama siniestro que allí se había desarrollado en poco tiempo.

Pensaba en el dolor de su querida Magdalena, en el de su estimada amiga la vizcondesa de Bures, que adoraba á su hijo y que no vería más que el ataúd donde estaba encerrado.

¡Cuántas desgracias había acarreado el crimen de Jaime Fugeret!

Y aquel miserable, ¿qué había sido de él?

Desde su llegada á Suiza, la condesa apenas si había oído hablar de él.

De una manera vaga había sabido por una carta del doctor Cambry, que Jaime Fugeret había ido á París, que allí encontrándose sin recursos, después de haber buscado en vano los medios de vivir, había sentado plaza, probablemente en infantería de marina con objeto de expatriarse y desaparecer.

Esto era cuanto las señoras de Arvil sabían de él.

En Saint-Germain-des-Forsés la condesa y su criada tomaron el expreso de Lyon para dirigirse á Turin, Milán y Lugano.

La condesa se abismó en sus reflexiones, que no tenían nada de risueñas.

Su hija viviría para siempre en el aislamiento más profundo y únicamente para ella.

¡Qué existencia para una joven de diez y nueve años tan cruelmente herida!

No podía pensar en esto sin estremecerse.

Su madre la quedaba para consolarla; ¿pero cuánto tiempo?

Y después, que sería de ella; sola, entregada á sus propias fuerzas, á sus recuerdos, á sus pesares, á todos los fastidios de la soledad, tan penosa de soportar hasta para las naturalezas más fuertes y los caracteres más resueltos.

Ya no tendría amigos; ¿porque el coronel de Brancurt tendría acaso la generosidad de perdonar á Magdalena, tan inocente sin embargo, la muerte trágica de aquel sobrino, su único heredero, al que tanto amaba?

En cuanto á la vizcondesa de Bures no podría soportar, en el precario estado de salud

en que se hallaba, el golpe que la iba á herir tan cruelmente.

La señora de Arvil no se equivocaba.

Digamos cuanto antes que al saber la muerte de su hijo, la señora de Bures, ya muy debilitada por una enfermedad del corazón de las más graves, debía sucumbir á causa de la ruptura de una aneurisma.

Los presentimientos de la condesa de Arvil por su mejor amiga, se realizaban casi á la hora en que ella llegaba á Lyon y volvía á tomar el tren que se dirige á Chambery y desde allí á Italia y Lugano.

Pero entre tan sombríos pensamientos, el único que dominaba era el de su hija.

Ella era la que la preocupaba, porque la quería más que á nadie en el mundo.

Y la idea que la sostenía, que esparcía en su alma aquel bálsamo de la esperanza que dulcifica los más crueles pesares y hace soportar las soluciones más críticas, era esta:

— ¡Estaré siempre con ella!

Hacia ya bastante tiempo que había anochecido.

Las dos viajeras, solas en un departamento de primera clase, habían acabado por sucumbir á la fatiga y dormirse.

¿Mucho tiempo?

¿Dónde estaban?

No lo hubieran podido decir.

De repente se produjo un choque terrible.

Dos trenes, lanzados á todo vapor, acababan de encontrarse, produciendo ese estrépito y esas detonaciones repetidas, semejantes á salvvas de artillería producidas por los vagones al hacerse añicos los unos contra los otros.

Los ingenieros de París-Lyon recuerdan aún la horrible catástrofe ocurrida entonces y ya olvidada por el público.

Tuvo lugar entre Bellegarde y Saint-Jean-de-Maurienne.

Los dos trenes se hicieron pedazos, y los restos fueron lanzados á un abismo de más de doscientos pies de profundidad.

Algunos viajeros que ocupaban dos vagones de cola, cuyos enganches se rompieron, se libraron de aquel desastre casi sanos y salvos, solo con algunas contusiones de más ó menos gravedad.

Quizás se hace mal hablando de estas cosas.

¿Para qué asustar al público y hablarle de terrores que nada remedian?

Al siguiente día se supo en París el desastre con algunos datos precisos.

Los primeros telegramas recibidos hablaban solamente de un accidente de los más graves.

El veinticinco de abril los periódicos de la mañana dieron detalles casi exactos, atenuando como siempre la catástrofe.

Y al mismo tiempo que diferían en algunos puntos, todos estaban de acuerdo en uno.

Se podía leer en casi todos lo siguiente:

«Se ha encontrado en un coche de primera clase los restos de dos mujeres, cuya identidad no se ha podido restablecer.

»Una de ellas pertenecía, sin ningún género de duda, á la clase más elevada de la sociedad. Todo lo hace creer así; su vestido, que á pesar de todo era de una gran sencillez, los objetos y la corona que llevaba en el saco de viaje, cuyas asas sujetaba con la mano.

»En este saco llevaba un bolsillo lleno de

monedas de oro y treinta y seis mil francos en billetes de Banco.

»No se ha encontrado ningún nombre.

»La persona que la acompañaba, y que según todas las apariencias debía ser su criada, ha sido decapitada por completo por un madeiro que se ha encontrado más lejos.

»La muerte de estas dos mujeres ha debido ser instantánea.

»La señora parece tener unos cuarenta y ocho á cincuenta años; la criada debía tener unos diez años más.

»No se han encontrado ni equipajes ni indicios que permitan reconocerlas.

»La ropa interior está marcada con una A, y sobre ella una corona de conde.

»El saco, además del dinero, contenía unos cuantos pañuelos de batista.

»Y no se ha encontrado más.

»Los billetes no han podido ser hallados.»

Este hecho reproducido sobre poco más ó menos del mismo modo en todos los periódicos debía producir efectos muy distintos en algunos lectores.

El *honrado* notario de Vichy, el señor Pilet Desbuttes, fué uno de los primeros en saberlo.

No dudó ni un instante que las dos desconocidas, víctimas de la catástrofe de Bellegarde, fueran la condesa de Arvil y su criada.

Todo se lo hacía creer así: la hora en que se había producido el choque, las iniciales de la ropa, y en fin, el saquito, que reconoció por la descripción de los periódicos y que él había visto la víspera en su despacho en las manos de la señora de Arvil.

Ahora bien, las consecuencias de esta desaparición eran evidentes.

Era en adelante el único que conocía el secreto que interesaba á la niña confiada á los Chavarux.

Nadie sabía que se le había entregado un depósito de importancia y del cual no existía ni la menor prueba.

En el porvenir podría sacar partido de aquel secreto, según le aconsejase su interés.

Lo cierto era que á consecuencia de la muerte de la señora de Arvil podía obrar como quisiese.

¿Qué le quedaba que hacer?

Nada. Esperar los sucesos.

Esto es lo que decidió hacer, con gran cordura.

En villa Milton las cosas debían ocurrir de otro modo.

Las emociones por las cuales la señorita de Arvil acababa de pasar, eran demasiado fuertes para ella.

Después de la marcha de su madre, cayó en una especie de postración alarmante, que el médico cuidó con verdadero cariño.

La enferma esperó durante tres días con impaciencia el regreso de su madre.

Hablaba muy poco y parecía estar siempre dormida.

Poco á poco empezó á ponerse nerviosa, agitada, calenturienta.

Se levantaba muy á menudo y dirigiéndose á Brigida, que no se separaba de ella ni de día ni de noche, la preguntaba:

—¿Dónde está mi madre?... ¿No vuelve?

En un principio no podían contestarla.

Pero el médico supo muy pronto la verdad, y dió conocimiento á los habitantes de la villa que no tuvieron más que un cuidado; ocultársela á la desgraciada joven que en el estado en que estaba podía costarla la vida.

Sin embargo, fué preciso decirselo cuando hubo trascurrido algún tiempo.

A Brígida no la cupo la menor duda sobre la certeza del siniestro.

Todas las circunstancias relatadas en los periódicos, la probaban claramente que los dos muertos eran la señora de Arvil y Manuela Rivet.

Los criados de la condesa de su hotel de la Avenida de Messina, reconocieron los cadáveres.

Desde entonces no quedó ni la menor esperanza.

Los dos cadáveres fueron conducidos á París y de allí á Saint-Jean-du-Desert, donde les inhumaron en el cementerio de la iglesia.

Magdalena continuaba en la villa Milton, presa de una fiebre que se hacía de día en día más intensa y peligrosa.

Por fin, una tarde, encontrándose sola con Brígida, por la que tenía gran cariño, se incorporó de repente y la preguntó bruscamente:

—Mi madre ha muerto, ¿verdad?

Brígida, sorprendida, cayó de rodillas y no contestó.

—Ha muerto, lo sé—continuó diciendo Magdalena con más energía.—Como Roberto... No trates de engañarme... ¡Te digo que lo sé!... ¡De otro modo estaría á mi lado!... ¡Estoy sola en el mundo!...

Brígida sollozaba.

—¡Pero, habla; habla, por Dios!—exclamó su ama.—¿Para qué te callas?... ¿Qué temes?... ¡Ya nada puede mortificarme! ¡Ya no tengo ni fuerzas, ni corazón, ni vida para sufrir!... ¡Habla!... ¡Dime la verdad!

—¡Ay, señorita!—exclamó Brígida cubriéndose el rostro con las manos.

Un grito siniestro la contestó, un grito agudo, desgarrador.

—¡También ella!

Brígida se levantó.

Magdalena, tendida en el lecho, temblorosa, con los dientes encajados, se agitaba, sacudida por una horrible convulsión.

Brígida abrió la ventana y empezó á gritar:

—¡Socorro! ¡Se muere!

Una hora después, el doctor Rosu estaba de regreso en la villa.

Al ver á la enferma, permaneció lleno de estupor.

—¿Lo sabe todo?—preguntó.

—Sí.

—Era inevitable.

—¿Se la puede salvar, verdad?

—Creo que sí; pero costará mucho tiempo y más trabajo.

Aquella misma tarde, á la misma hora, el transporte *Le Rhone* embarcaba en Marsella un batallón de infantería de marina con destino al Senegal.

Un soldado joven, con calenturienta mirada, muy sombrío, sentado en un banco del entrepuente, con los codos sobre sus rodillas, se decía:

—El señor de Bures se ha matado... La se-